



**Mujeres y ciencia en Chile.
Relatos autobiográficos
de investigadoras del siglo XXI**

Mariana I. Paludi (comp.)
Ediciones Universidad Mayor,
Santiago de Chile, 2022, 227 págs.

Por **Gabriela Bortz** 

Mujeres y ciencia en Chile: Relatos autobiográficos de mujeres en la academia entreteje, a través de hilos de relatos y experiencias particulares, la trama que hace de lo social y la producción de conocimiento elementos inextricables. La forma de narrar, a través de la compilación de 20 autobiografías de mujeres en ciencia, cuidadosamente trabajadas, es justamente propia de la epistemología feminista: abandonar la pretensión de universalidad que funda la ciencia moderna, salir del universal androcéntrico que toma al hombre como sujeto de conocimiento y objeto por defecto. Se aparta de las pretensiones de generalización y búsqueda de una “verdad” científica, esa que en sus cimientos se orientaba a la dominación del orden natural y que se plasma de manera evidente en la portada del *Novum organum scientiarum* de Francis Bacon (1620): las columnas al cielo, los barcos, el océano infinito a dominar. A través del método autobiográfico, el libro teje los hilos de las distintas experiencias de vida, que dan cuenta de la relación entre ciencia, tecnología y género. En términos de Haraway (1995): “Solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva”.

277

Hay mucho mérito en rescatar la pluralidad de voces, en quitar la figura del portavoz, ese que oficia de traductor y parcialmente traidor, respetando la integridad y la individualidad de cada persona y su texto. Son de las experiencias vividas, de la posibilidad de elevar o proyectar la pluralidad de voces, de donde el libro logra

* Investigadora asistente, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Centro de Investigación para la Transformación, Escuela de Economía y Negocios, Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Correo electrónico: gabybortz@gmail.com.

visibilizar las trayectorias de las mujeres en la ciencia: visibilizar sus nombres, sus carreras y sus obstáculos, que son las de todas nosotras.

El libro dibuja a través de las pinceladas de los relatos esos laberintos de cristal que suelen requerir que las mujeres deban ir mucho más allá: que deban hacer mucho más que sus pares masculinos, demostrar más capacidad para ocupar los puestos. Que deban pasar las pruebas de Hércules -o, en este caso, podríamos decir “las pruebas de Matilde”, la contracara de Mateo- para poder llegar al mismo lugar que nuestros colegas hombres. En todas las historias se encuentra un patrón común de pensar en los hilos y genealogías que nos hicieron llegar hasta el presente (familias, madres, abuelas, maestras) y en los tejidos, en las redes de mujeres: las redes de cuidado, las mentoras, las compañeras que nos sostienen e impulsan desde el presente. También recuperan a padres, abuelos, maestros y mentores hombres que quizás despertaron vocación, pero que sin dudas cuentan con experiencias de vida que no son las nuestras. El libro muestra esas redes de mujeres que funcionan como modelos que dan cuenta que hacer ciencia es posible, que encienden la semilla de hacer una forma de vida del aprender y producir conocimiento, del construir las bases materiales y epistémicas de nuestro futuro. Son esas redes también las que sostienen el proceso en el medio de olas de frustración (por los trabajos no reconocidos, por remar a contracorriente, hasta por tolerar destratos como condición para sostenerse en carrera).

278

Esto supone un trabajo constante para transformar (o podríamos decir también, hackear) la ciencia como institución creada, instrumentada y reforzada a la medida del varón en sus tiempos, en sus espacialidades, en sus formalidades, en sus formas privilegiadas de acumulación y progreso, usualmente incompatibles en los habituales escenarios de distribución desigual de tareas de cuidado. Desde lo institucional, los relatos y las posiciones logradas por sus autoras dan cuenta de los avances que hubo -con todas sus dificultades- hacia una ciencia más igualitaria, a la vez que muestran lo inquietante que es que aún el fenómeno de “la primera mujer en” siga siendo noticia.

El libro también pincela el vínculo entre ciencia, tecnología y género no solo en la comprensión de la ciencia como *praxis* o como institución, sino en la configuración de las agendas de investigación y desarrollo tecnológico. Cada capítulo da cuenta de un hacer ciencia como práctica situada en una doble situación de exclusión de base: el ser mujer y la tensión entre la periferia de hacer ciencia desde el Sur, con los Nortes que históricamente han marcado y subordinado las agendas de investigación latinoamericanas (Kreimer, 2006). Algunas de las historias profundizan aún más esta interseccionalidad en términos de clase, origen étnico (tal es el caso de descendientes de mapuches) o condición extranjera (argentinas, brasileñas, italianas) en tierras chilenas, incluida la propia compiladora.

Los relatos dan cuenta de una liminalidad, el estar en el borde entre mundos, en trayectorias heterogéneas, no lineales, que van de la arquitectura a la medicina, de la enfermería a la antropología, de lo teórico a la *praxis*, caminos que suelen ser penalizados por la institución “Ciencia”. No obstante, son justamente estos extrañamientos -como dice una de las autoras, ese “ser extranjera en mundos”- los que generan objetos originales, nuevas preguntas, nuevos métodos o desarrollos

innovadores, a partir de la inclusión y el *embodiment* de marcos de conocimiento diferentes y de la interacción entre estos actores, saberes y espacios.

¿Y esto por qué es relevante? Como menciona Mariana Paludi en el estudio introductorio, la menor presencia de mujeres en la toma de decisiones de investigación e innovación implica no solo el riesgo de llegar a conclusiones sesgadas y desarrollos fallidos o incompletos, sino también el riesgo de dejar preguntas sin voz ni respuesta. La autora acierta cuando pregunta: ¿cuántas y qué preguntas nos dejamos de hacer? ¿Cuánta diversidad queda por descubrir? Podemos agregar: ¿qué hubiéramos aprendido si las currículas con las que nos formamos no hubieran sido sexistas? ¿Qué conocimientos nos perdimos al excluir a las mujeres en roles de liderazgo (en los laboratorios, en las instituciones, en la formación)? ¿Qué tecnologías nunca vieron la luz -y quizás resolverían nuestros problemas cotidianos- si más mujeres estuvieran al frente de los proyectos o fondos de inversión que levantan el pulgar y deciden qué innovaciones son deseables (y serán posibles) para nuestro futuro, y cuáles no verán la luz?

Esto es una invitación a pensar en la “ciencia no hecha” (*undone science*) (Hess, 2016), esa que en este caso no se hizo por la masculinización implícita de las agendas de investigación e innovación, con el sesgo androcéntrico que marca al hombre como el usuario por defecto (Oudshorn y Pinch, 2003; Oudshoorn, Rommes y Stienstra, 2004).

No resulta casual la alusión de una de las autoras a la bióloga Lynn Margulis y su comprensión de la evolución biológica como un proceso basado en la simbiosis y la cooperación en vez de la competencia darwiniana. Una visión de competencia (¿androcéntrica tal vez?) que, por cierto, está también en el fondo de la ciencia como institución: esa que nos hace disputarnos los recursos, los espacios, donde el reparto de Mateo, ese que da más a quien más tiene (Merton, 1968), termina perjudicando “al menos apto”, en este caso a quienes no pueden viajar a los eventos científicos, realizar estadias prolongadas de investigación en el exterior, quedarse a instancias sociales después de la jornada laboral para negociar una promoción o integrar comités porque quizás fue a buscar a los hijos a la escuela o a buscar la medicación para un anciano a cargo. En esto también amerita recordar a Margulis y su cooperación a la hora repensar a la ciencia como institución, como praxis cognitiva y como agenda de investigación y desarrollo, en clave cooperativa, porque -como sus líquenes-¹ probablemente así logremos llegar juntos un poco más lejos.

279

Bibliografía

Haraway, D. J. (1995). Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza (Vol. 28). Valencia: Universitat de València.

1. Organismos complejos formados por la simbiosis de un hongo y al menos un organismo fotosintético (un alga verde -clorofícea- o una cianobacteria), los cuales, de intentar vivir de forma separada, perecerían.

Hess, D. J. (2016). *Undone science: Social movements, mobilized publics, and industrial transitions*. Cambridge: MIT Press.

Kreimer, P. (2006). ¿Dependientes o integrados? La ciencia latinoamericana y la nueva división internacional del trabajo. *Nómadas*, (24), 199-212.

Merton, R. K. (1968). The Matthew effect in science: The reward and communication systems of science are considered. *Science*, 159(3810), 56-63.

Oudshoorn, N. & Pinch, T. (2003). *How users matter: the co-construction of users and technology (inside technology)*. Cambridge: the MIT Press.

Oudshoorn, N., Rommes, E. & Stienstra, M. (2004). Configuring the user as everybody: Gender and design cultures in information and communication technologies. *Science, Technology, & Human Values*, 29(1), 30-63.